

# De los potrereros al viejo continente

*El largo camino del futbolista latinoamericano hacia el fútbol de élite europeo*



POR MIQUEL BIBILONI,  
CEO DE AXION GLOBAL

Hay una imagen que se repite en miles de ciudades y pueblos de América Latina: un niño descalzo, con una pelota hecha de trapos o medias apretadas, corriendo en una calle de tierra mientras el sol se pone. Esa imagen, tan poética como real, es el punto de partida de uno de los viajes más exigentes que puede emprender un ser humano: convertirse en futbolista profesional de alto rendimiento en Europa. El camino existe, pero nadie dijo que fuera fácil. Y nadie explicó bien qué tan diferente es ese camino allá adentro.

Esta nota no habla de talento. El talento en Latinoamérica sobra. Habla de todo lo demás.

“El talento latinoamericano no necesita ser inventado. Ya existe, y el mundo lo sabe. Lo que necesita es un sistema que lo cuide mejor desde el principio.”

## El inicio: ¿desde cuándo se empieza?

En Europa, la formación futbolística estructurada comienza entre los 5 y los 7 años dentro de academias organizadas, con entrenadores titulados, planillas de seguimiento físico y evaluaciones periódicas. En Latinoamérica, el inicio también puede ser temprano, pero ocurre en espacios informales: la calle, el potrero, el patio escolar. Nadie lleva registros. Nadie mide la velocidad de un niño de seis años ni diseña su dieta. Y sin embargo, de ahí salen genios.

La diferencia no está en el talento de origen, sino en el sistema que lo rodea. Un niño europeo que ingresa a una academia a los 6 años tiene, desde ese momento, un plan de carrera. Un niño latinoamericano de igual edad puede ser igualmente brillante, pero nadie le traza un mapa. Esa ausencia de estructura temprana es la primera brecha que debe cerrarse.

## Formación infantil y amateur: la mentalidad que se construye

En las academias europeas, la mentalidad competitiva se moldea desde pequeño, pero con orden. Hay horarios, normas de convivencia, rutinas de descanso, protocolo de lesiones. El niño aprende que el fútbol es una disciplina, no una improvisación. En Latinoamérica, la mentalidad se forma de otra manera: en la adversidad, en la improvisación, en el hambre de querer salir adelante. Eso genera jugadores con una chispa especial, con una capacidad de resolución que sorprende al mundo. Pero también genera hábitos difíciles de corregir más adelante: el desorden alimenticio, el sueño irregular, la falta de planificación.

El jugador latinoamericano amateur muchas veces no sabe qué come ni por qué. No conoce el concepto de recuperación muscular. Entrena con pasión, juega con emoción, y eso es genuino. Pero cuando llega al fútbol semiprofesional europeo, descubre que la pasión sola no alcanza.

## El salto profesional: disciplina, potencia y alimentación

Cuando un joven latinoamericano llega a una institución profesional europea —ya sea en España, Portugal, Francia o Alemania— el primer choque no es táctico ni técnico. Es físico y cultural. El nivel de exigencia corporal en el fútbol europeo de primer nivel es extraordinario: los jugadores corren más, chocan más fuerte, se recuperan más rápido. Y eso no ocurre por casualidad. Ocurre porque detrás hay años de nutrición controlada, planificación del sueño, trabajo de fuerza progresivo y seguimiento médico permanente.

En Latinoamérica, muchos jugadores profesionales jóvenes siguen comiendo lo mismo que comían de niños: arroz, frijoles o papa, con suerte algo de proteína. No porque sea malo, sino porque nadie los educó en que un futbolista de alto rendimiento necesita un plan de alimentación específico según la carga de trabajo semanal. En Europa eso ya no es opcional: es parte del contrato.

La potencia muscular también marca una diferencia visible. Los clubes europeos invierten en preparadores físicos especializados que trabajan la fuerza funcional desde edades tempranas. El latinoamericano llega con una condición atlética notable —muchas veces superior a la media— pero sin el trabajo de fuerza complementario. Eso puede costarle titularidad, o incluso el contrato.

## Sentimientos y raíces: el factor humano

Hay algo que los sistemas europeos no siempre pueden replicar, y que el jugador latinoamericano lleva tatuado en el alma: el sentimiento. La garra, el sacrificio, la gratitud, la conciencia de que cada partido es una oportunidad que alguien en casa está esperando que no se desperdicie. Eso no se entrena. Eso se vive.

Pero ese mismo peso emocional puede convertirse en una carga. La nostalgia, la presión familiar, la soledad en una ciudad extranjera donde no se habla el idioma, el miedo a fallar ante los suyos: todo eso golpea con una fuerza que ningún preparador físico puede amortiguar.

Los clubes europeos más avanzados ya lo saben, y comienzan a incorporar psicólogos deportivos y programas de integración cultural. Aun así, el trabajo interno sigue siendo del jugador.

## Las similitudes que nos unen

En medio de todas las diferencias, hay algo que hermana al futbolista de cualquier continente: la pasión genuina por la pelota. Tanto en Montevideo como en Madrid, tanto en Cali como en Lisboa, el fútbol sigue siendo el lenguaje común. Los valores del juego —trabajo en equipo, respeto al rival, superación personal— son universales. Y el talento técnico latinoamericano, forjado en la calle, sigue siendo uno de los más admirados y buscados en el mundo.

También comparten el sacrificio. El sacrificio del que se levanta a las cinco de la mañana para entrenar antes de ir a la escuela, del que se pierde cumpleaños y reuniones familiares, del que pone el cuerpo cuando el cuerpo ya no da más. Eso no es exclusivo de ningún continente. Es el precio del alto rendimiento, y lo pagan igual en Lagos de Moreno que en Ámsterdam.

## Conclusión: un puente, no un abismo

La brecha entre la formación latinoamericana y el fútbol profesional europeo no es insalvable. Es real, es medible, es concreta. Pero también es reversible.

Requiere inversión en academias desde edades tempranas, educación nutricional, acompañamiento psicológico, y sobre todo, un cambio de mentalidad colectiva: entender que preparar a un niño para el alto rendimiento no es robarle la infancia, sino darle herramientas para que su sueño tenga más probabilidades de hacerse realidad.

El talento latinoamericano no necesita ser inventado. Ya existe, y el mundo lo sabe. Lo que necesita es un sistema que lo cuide mejor desde el principio.

Porque no se trata de producir jugadores para exportar: se trata de desarrollar personas que puedan brillar en cualquier cancha del mundo, sin perder de dónde vienen.